

*Microfísica del terror. Obediencia y poder en dos
novelas de Martín Kohan*

(Microphysics of terror.
Obedience and power in two novels of Martín Kohan)

Ernesto Pablo Molina Ahumada

SECyT – Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Resúmen: Nuestro estudio aborda el análisis de las relaciones de poder en dos novelas del escritor argentino Martín Kohan, *Dos veces junio* (2002) y *Ciencias morales* (2007), en tanto obras que ofrecen una representación compleja del vínculo autoridad-obediencia en el marco del clima de represión de la última dictadura militar en la Argentina, focalizando dos momentos diferenciados (1978 y 1982). Nuestra lectura sugiere además que en ese mapa microfísico representado, el lector asume un papel fundamental como resorte requerido y hasta previsto por los textos frente a la caracterización pasiva de los personajes protagonistas.

Palabras-clave: novela argentina; poder; represión; obediencia

Abstract: Our study is an analysis of the relations of power in two novels of the Argentine writer Martín Kohan, *Dos veces junio* (Two Times June) (2002) and *Ciencias morales* (Moral Sciences) (2007), that offer a complex representation of the relation authority - obedience under repression during the last military government in Argentina, focusing on two differentiated moments (1978 and 1982). Our reading also suggests the fact that in this represented map, the reader assumes a fundamental role –required by the texts- in opposition to the passive characterization of the protagonists in the novel.

Keywords: Argentine novel; power; repression; obedience

Máquina y engranajes

La última dictadura militar en Argentina marcó significativamente la memoria social del país dando forma a una zona oscura en la que puede distinguirse junto a los relieves monstruosos de la maquinaria del terror de Estado, una densa red de participaciones, expectativas, prejuicios e indiferencia civiles que esbozan fugazmente el mapa extenso y capilar de la represión.

En este territorio gris de actuaciones complejas que ponen en evidencia el funcionamiento transversal y multiescalar de la represión estatal podrían ser ubicadas las novelas del escritor argentino Martín Kohan *Dos veces junio* (Ed. Sudamericana, 2002) y *Ciencias morales* (Anagrama, 2007).¹ Lo llamativo de estas obras es, en este sentido, la concepción reticular de poder (FOUCAULT, 1992) que concretiza en ellas la imagen definida de una microfísica cotidiana del terror, esbozada desde la mirada de un protagonista implicado, aunque de manera casual e involuntaria. La imagen de un poder centralizado como sede absoluta de

¹ Existen ediciones en portugués: *Duas vezes junho* (Amauta, 2005) y *Ciencias morais* (Companhia das Letras, 2008). Resumimos los argumentos de ambas novelas: *Dos veces junio* narra dos momentos en la vida de un joven, primero en torno al 10 de junio de 1978 como conscripto del ejército con tareas de chofer de un médico (Dr. Mesiano) comprometido con la tortura de prisioneros en centros de concentración clandestinos, y segundo en torno al 30 de junio de 1982, cinco años después, ya fuera del servicio militar obligatorio y estudiando medicina, cuando decide visitar al doctor para darle su pésame ante la noticia de la muerte de su hijo en la Guerra de Malvinas. Las correspondencias entre ambas jornadas están en que ambos eventos quedan comprendidos en época de dictadura militar (en el punto extremo de la represión en 1978 y el momento de debilitamiento irreversible y caída del gobierno de facto tras la derrota de Malvinas, en 1982), coincidiendo también con el evento deportivo del Mundial de Fútbol (Argentina 1978; España 1982) y teniendo como hilo común el derrotero del hijo de una prisionera, nacido en cautiverio y apropiado ilegítimamente por el doctor para su hermana, del hijo del doctor y del propio narrador. *Ciencias morales* narra el gradual empecinamiento de una preceptora del Colegio Nacional de Buenos Aires, María Teresa, por demostrar la culpabilidad de un alumno que presuntamente fuma en el baño de varones y congraciarse así con el jefe de preceptores, Sr. Biasutto, agente infiltrado de los servicios de inteligencia y represión del Estado. El afán disciplinario de la preceptora la lleva a espiar en el baño de varones a los alumnos. En ese baño ocurre después la violación de la preceptora por parte de Biasutto. La guerra de Malvinas aparece nuevamente como telón de fondo a través de la figura de un hermano que, conscripto, manda postales desde el sur del país en su rumbo a la contienda. La novela transcurre durante esta última etapa de la dictadura, antes de su caída por la derrota en la guerra.

la maldad – la Junta Militar, pongamos por ejemplo – entra en contradicción con este mapa disperso del poder que, más que asociar metonímicamente esos niveles en torno a una metafórica general de novelas sobre la dictadura militar en Argentina, anula toda posibilidad de síntesis y, precisamente, hace estallar las representaciones compartidas en torno a ese todo homogéneo “dictadura” en el marco de otras “políticas de la ficcionalidad” (ARÁN, 2003) que “instalan” (en el sentido artístico del término) a la novela como género que atraviesa, desplaza, desbarata el discurso historiográfico a partir de una interpelación al sinuoso relieve de la discursividad social. Esa operación está en la base de lo que Pampa Arán denomina un “realismo intranquilo” que se interroga acerca de la dimensión ética y subjetiva del proceso de búsqueda de la verdad, un realismo cuyo

Microfísica del terror.

Obediencia y poder en dos novelas de Martín Kohan

47

efecto de real desborda el marco de una reconstrucción histórica y del pacto de lectura del realismo tradicional para mostrar, más que un saber sobre lo real, su problematización desde el presente y la invalidez moral del héroe para dar testimonio (ARÁN, 2005, p. 24).

Una concepción reticular como la que proponemos colabora en esta tarea de hacer visible el conjunto complejo de acciones y discursos que, bajo el argumento de una “obediencia debida”, podrían quedar invisibilizados desde una concepción monocéfala de poder y que la literatura recupera en su complejidad. A través del análisis de estas dos novelas buscamos romper esa fantasmagoría en torno a la “responsabilidad” de la sociedad civil mediante un intento de lectura del terror en la experiencia cotidiana de estos protagonistas, terreno fértil y previsto para el funcionamiento y los efectos del dispositivo represivo. La imagen del fantasma, rastreado en otras novelas de esta temática como pliegue insalvable y cifrado de cualquier intento de conocimiento de lo real, configura a su vez una presencia perturbadora que define cierta atmósfera de lo terrorífico, una “cronotopía de la violencia, del miedo y del simulacro,

en cuyo núcleo está la experiencia de lo ominoso, de lo más familiar que de golpe se ha tornado desconocido y amenazante (umheimlich) y cuyas marcas no han cesado en el presente” (ARÁN, 2009, p. 14).

Leer las novelas de este modo nos lleva a privilegiar el estudio de los flujos particulares, del modo en que cierta economía del terror se imprime en lo que el lenguaje cotidiano expresa y lo que calla, en la esquiva circulación de los cuerpos bajo la amenaza latente de la “desaparición”, y en las expectativas de quienes con más o menos incidencia participan de esa red. Se trata en nuestro caso de una perspectiva analítica que se niega a universalizar o leer meramente como metáfora la imagen literaria para recuperarla más bien como experiencia personal y corporal de determinados individuos en cierto contexto sociocultural. En algún modo, la distinción que plantea Todorov (2008) entre una memoria literal apegada a la experiencia de los sucesos y al testimonio vivido “en carne propia”, y una memoria ejemplar que tiende a la despersonalización en pro del aleccionamiento de generaciones futuras, se resignifica al adoptar esta perspectiva microfísica que presenta ambas “memorias” como parte de un mismo proceso de construcción de verdad. En este punto, Kohan se aleja del mero testimonialismo para indagar más bien el contexto represivo en tanto atmósfera de determinados hechos narrativos, es decir, utilizar como sistema de trabajo la exploración de las posibilidades narrativas de la dictadura, el Mundial de Fútbol y la guerra de Malvinas en tanto ruido de fondo o epicentro de otros sucesos que resultan, aparentemente, tangenciales o periféricos. Dice Kohan: “Me interesa la literatura cuando trabaja con las huellas de la realidad, atenuando la realidad misma. Como trabajar con las réplicas del terremoto y no con el terremoto en sí” (ABADÍA et al., 2009).

La otra apuesta estética y política del autor en estas obras, a diferencia de algunas de sus novelas anteriores (*El informe*, 1997; *Los cautivos*, 2000) o de su última novela (*Cuentas pendientes*, Anagrama, 2010), consiste en un abandono del tono humorístico para asumir más bien una

mirada frontal del horror², explícita por ejemplo desde el primer párrafo de *Dos veces junio*, en el cual figura ya la pregunta que estructura toda la novela:

El cuaderno de notas estaba abierto, en medio de la mesa. Había una sola frase escrita en esas dos páginas que quedaban a la vista. Decía: '¿A partir de qué edad se puede empesar a torturar a un niño?' (KOHAN, 2005, p. 11. El error ortográfico – empesar en vez de empezar – es intencional en la novela).

Esta perspectiva puede ser analizada fundamentalmente en dos lugares del texto literario en particular, la voz narrativa y la imagen del héroe o protagonista. En el caso de *Dos veces junio*, la voz narrativa se dispersa en un conjunto de fragmentos numerados o referidos a numeraciones, ordenados en dos grandes bloques de desigual extensión que marcan dos fechas claves de los sucesos (“Diez del seis”, correspondiente al 10/6/1978 y “Treinta del seis”, 30/6/1982) que varían la narración entre la primera y la tercera persona. Junto al relato dominante en primera persona del protagonista que confiere a la novela cierto carácter velado de (auto) biografía, se intercalan las sensaciones de una detenida a punto de dar a luz en un campo de concentración y toda una serie de descripciones y afirmaciones generales, impersonales y de tono diverso en el que se intercalan apreciaciones administrativas, médicas, futbolísticas, cotidianas, etc. que tienden a la configuración de una atmósfera discursiva anónima. En torno al discurso vivencial del protagonista, narrado desde un foco impersonal donde podemos leer el efecto de un

*Microfísica del
terror.
Obediencia y
poder en dos
novelas de
Martín Kohan*

49

2 En una entrevista de la Revista Letral (2008), Kohan responde a la pregunta acerca del registro narrativo de su novela *Dos veces junio* lo siguiente: “*Dos veces junio* fue el momento en que yo quería hacer a un lado toda esta cuestión del humor, quería probarme a mí mismo en un registro diferente, hacer a un lado la comicidad (...) De alguna manera buscaba el horror. No la cuestión de la ‘novela-sobre-la-dictadura’ sino los materiales del horror que me obligaran a una narración sin risa. Y ahí surgió la dictadura.” (2008. p. 176-7. Itálica en el original).

dispositivo de control de la verdad, podríamos detectar también como propone Arán una reflexión metanarrativa de Kohan acerca de ciertos mecanismos de cifrado: “Una especie de política del secreto genera estas seudo biografías, algo que alguien sabe y oculta porque algo impide que salga a la luz y es un secreto miserable” (ARÁN, 2005, p. 45), pero en el que se cuelan las voces de los otros por el propio carácter proliferante de esta máquina narrativa presuntamente bajo control. En *Ciencias morales*, el narrador elige una tercera persona muy afiliada a la mirada de la protagonista, María Teresa, preceptora en el Colegio Nacional de Buenos Aires conocido antes como Colegio de Ciencias Morales.

En ambas obras, asimismo, los protagonistas se apegan a una figura de autoridad a quien responden tanto laboral como moralmente: en *Dos veces junio*, a través de la experiencia del joven conscripto del ejército, sin nombre³, que cumple en aquel junio de 1978 el servicio militar obligatorio (instituido en Argentina en 1901 y suspendido en 1994) como chofer del Dr. Mesiano, médico encargado de garantizar la eficiencia de los dispositivos represivos de tortura extendiendo la vida de los prisioneros todo el tiempo que sea posible y hasta el límite de su resistencia.

La autoridad de Mesiano se desliza al campo moral en un tiempo saturado de metáforas médicas que, presentes desde el discurso oficial del Estado, alimentaron no sólo la imagen de una peligrosidad en torno a la subversión sino también su patologización bajo la figura del “cáncer” o la “enfermedad”. Tal como señala la novela: [el Dr. Mesiano] “Era una de esas personas que sabían resolver problemas médicos, en tiempos en

3 Lo conocemos por números, “seiscientos cuarenta” y “cuatrocientos noventa y siete”, los del sorteo que determinaron la obligación de realizar el servicio militar (KOHAN, 2005, p. 12). Arán señala que más que una individualidad, el héroe-colimba de la novela representa “un lugar privilegiado que la novela elige para hacer hablar – escuchar – los discursos sociales que circulan en un momento historizado” (ARÁN, 2005, p. 39). Colimba es el acrónimo popular para referirse a los militares o lo militar, aludiendo a las acciones más frecuentes en el ejército para los soldados: correr, limpiar y barrer. El Servicio militar obligatorio en Argentina era conocido como la colimba.

que sobran los problemas médicos” (KOHAN, 2005, p. 83). Esta medicalización de la situación dramática que ubica al doctor como único actor capaz de dar respuesta⁴ al terrible interrogante al inicio de la obra, implica en su reverso la atenuación de la responsabilidad del concripto bajo su mando. Junto al flujo de metáforas médicas como discursividad subsidiaria de la tortura, el otro flujo dominante deriva de la discursividad del deporte, el fútbol y sus metáforas bélicas (táctica, estrategia, ataque, defensa, posiciones, disparar al arco, repliegue, formación, contraataque, etc.) que convierten el evento del Mundial de Fútbol de 1978 más que en eclipse, en yuxtaposición que replica con otra frecuencia los sucesos de la represión y la guerra de Malvinas. ¿Cuántos junios caben en este junio denso, espacio de resonancia, de réplica de terremotos ocurridos aparentemente en otro lugar?⁵

Ciencias morales vuelve a repetir el esquema asimétrico de poder, esta vez entre el señor Biasutto, jefe de preceptores revestido de una aureola heroica entre sus pares por haber sido el responsable de confeccionar ciertas listas (listas de alumnos acusados de “subversión” que luego fueron desaparecidos por el gobierno militar), y María Teresa, una joven preceptora de 20 años que obedece ingenuamente al sistema de orden, vigilancia y delación representado por Biasutto en el Colegio. El resorte narrativo en este caso no es una pregunta sino el supuesto olor a cigarrillo de uno de los alumnos. Esa falta o el deseo más bien de castigarlo con rigor para congraciarse con el superior, lleva a la preceptora a un dispositivo de vigilancia paranoica y desmesurada. La maquinaria represiva se concretiza en el colegio a través de la economía estricta de la

Microfísica del terror.

Obediencia y poder en dos novelas de Martín Kohan

51

4 De hecho, el discurso del Dr. Mesiano resultará, en juego irónico con su nombre, “mesiánico”.

5 La alusión a esta multiplicidad aparece ya desde el epígrafe de la novela *Dos veces junio*, una cita de la obra de Luis Gusmán, Villa (1995), cuyo protagonista es también referente obligado sobre la perspectiva apocada y la medianía moral de aquel que narra desde el interior del aparato represivo del Estado.

distancia entre las personas, la uniformidad de la vestimenta, el largo del cabello, la normalización del aseo y la desodorización de los cuerpos, la administración autoritaria de la palabra y el silencio, en definitiva, la vigilancia obsesiva de cualquier espacio posible de libertad. El respeto a esa normativa, sin embargo, no es abordada desde la perspectiva del alumnado, lo que conduciría a un relato de carácter testimonial en torno a los recuerdos de los alumnos del Colegio (a lo que se agrega que Kohan es egresado de ese establecimiento) y una evaluación del sistema escolar, incluyendo los contenidos pedagógicos al interior de las aulas en aquel entonces. El interés narrativo recae, por el contrario, en los mecanismos disciplinarios específicos fuera de las aulas, en los pasillos, en la formación de entrada y salida, en los baños, privilegiando la óptica de los actores comprometidos en esa tarea, los preceptores. Fuera de esa focalización centrada en la función del que vigila, los espacios de la intimidad de la protagonista (María Teresa vive junto a su madre y recibe noticias de un hermano conscripto que envía postales, movilizado por las necesidades de la guerra) sirven para complementar la imagen triste y de una simpleza exasperante por momentos del personaje. En contraste, la figura de Biasutto, incluso en la única escena de encuentro con María Teresa fuera del ámbito laboral, en un bar cercano, replica las mismas relaciones de dominación del Colegio, transponiéndolas a una situación de interrogatorio. No hay conmiseración ni comprensión en la mirada del narrador, el buceo en torno a estos espacios de intimidad no hace sino confirmar, junto al carácter despiadado y autoritario de Biasutto, la soledad y la infelicidad, la pobreza vital en definitiva del represor. María Teresa, por su parte, arrostra la femineidad sumisa, dependiente y crédula que asume como válidos los motivos del superior sin cuestionarlos. Las relaciones de poder, parece indicar la novela, deberían ser indagadas en esta mecánica compleja entre represores y civiles crédulos, infantilizados por el relato que tergiversa la violencia del asesinato. Señala Kohan:

Me parece que esas figuras anodinas, apagadísimas, sin ninguna iniciativa, puro acatamiento, puro sentido del deber y, en ese sentido, pura moralidad, son las que en gran medida explican que la maquinaria represiva funcione. Porque funciona porque están esos otros de mayor importancia, pero no funcionaría sin estos engranajes aparentemente insignificantes y, al mismo tiempo, imprescindibles (COVELO, 2008).

Afirmar la existencia de una microfísica del terror, desarrollada en ambas novelas a partir de la relación entre figuras duales, pares de personajes mutuamente dependientes aunque uno en relación de sumisión con el otro (conscripto-Dr. Mesiano; María Teresa-Biasutto), implica reconocer que la compleja maquinaria de la represión se apoya en una permisividad civil, más o menos ingenua, que asume la obediencia como moralidad al extremo de dejar de percibir el auténtico efecto inmoral y hasta perverso de sus actos (u omisiones). El efecto fundamental de una máquina como esa, basada como señala Pilar Calveiro (2005) en una burocratización que cotidianiza y despersonaliza el horror mediante la especialización de las acciones al punto de representarlas, incluso para los mismos actores, como engranajes anónimos de una máquina imparable, es la trasmutación de las responsabilidades en, a lo sumo, funcionamientos más o menos eficientes, tal como lo percibe el conscripto en *Dos veces junio*:

Claro que, cuando no se actúa exclusivamente a título personal, digamos por ejemplo en un consultorio privado al que acuden pacientes particulares, sino que se forma parte de un sistema conjunto, hay que entender que en una máquina cada engranaje funciona en relación con otros engranajes, y que en esa máquina, al igual que en cualquier motor, hay piezas más importantes y piezas menos importantes (KOHAN, 2005, p. 79).

Existe según René Girard (2002) un tipo de texto específico en la historia de nuestra cultura elaborado desde esta perspectiva ingenua acerca de la violencia que efectivamente se está ejerciendo. Con el correr de los años, si bien ese modo de relato ha ido sutilizando cada vez

Microfísica del terror.

Obediencia y poder en dos novelas de Martín Kohan

53

más la presencia tanto de la violencia como de los estereotipos que la justifican, es posible reconocer una estructura común a todas esas narraciones que Girard denomina “relatos de persecución”.

La lógica de la atrocidad

Girard entiende por “textos de persecución” aquellos

relatos de violencias reales, frecuentemente colectivas, redactados desde la perspectiva de los perseguidores, y aquejados, por consiguiente, de características distorsiones. Hay que descubrir estas distorsiones, para rectificarlas y para determinar la arbitrariedad de todas las violencias que el texto de persecución presenta como bien fundadas (GIRARD, 2002, p. 18).

*Ernesto Pablo
Molina Ahumada*

54

Los elementos comunes o estereotipos de la persecución que señala el autor comprenden, por una parte, la percepción de una crisis del principio de orden que amenaza con la clausura de las diferencias en el mundo cosmificado y un retorno de lo caótico indiferenciado. El segundo estereotipo gira en torno a la polarización social contra determinados individuos que personalizan la crisis por supuestas acciones criminales que engendran una acusación. El tercer estereotipo lo constituye una serie de rasgos físicos o morales de los acusados que justifican el accionar del grupo: orfandad, extranjería, raza, deformidad, etc., cualquier aspecto discordante con la evaluación social dominante pasa a ser tenido por válido en este refuerzo de la culpabilización de ciertos agentes. El cuarto y último estereotipo es la violencia ejercida sobre el acusado que lo reconvierte mediante ese proceso en vector restaurativo del orden.⁶ Este aspecto no aparece en ninguna de las novelas analizadas, dada la lógica binaria excluyente que

⁶ Este estereotipo aparece, según Girard, fundamentalmente en el relato mítico concentrado en torno a la ambivalencia del héroe cultural, que desempeña a la vez el papel de amenaza y vector restaurativo del orden social. A través de esta transfiguración heroica por la concreción de una persecución y un sacrificio, las sociedades tradicionales instauraron un paradigma que era revitalizado en la mecánica del ritual.

caracterizó la ideología militar del golpe de Estado de 1976 en Argentina (CALVEIRO, 2005): el otro es un ajeno cultural, otro absoluto que es necesario exterminar. Lo que el relato persecutorio no afirma, a riesgo de contradecir el propio principio de veracidad que sostiene en su conjunto todo su sistema de representación, es la condición de chivo expiatorio de las víctimas. Girard propone este esquema general como hipótesis estructural de lectura histórica de diversos textos de la cultura en los que, como génesis de representaciones de violencia más o menos sutilizada, cabría suponer hechos de violencia efectivamente acontecidos.

Asumiendo está hipótesis de un relato persecutorio que asume como válida la mirada del perseguidor, podríamos leer las dos novelas de Kohan como relatos que, aún siendo contruidos desde una voz narrativa omnisciente en tercera persona (y en primera persona en ciertos pasajes de *Dos veces junio*), focalizan el espacio de ingenuidad de personajes protagonistas sumidos en un juego que busca irritar y acaso movilizar, en última instancia, al lector. Así como el dispositivo represivo no puede ser entendido si no se considera a la vez el mecanismo de obediencia y el miedo al castigo que lo hacen posible, la orientación estética de estas obras requiere del lector como figura activa en la evaluación de lo que allí se narra y en el reconocimiento de la “distorsión” persecutoria.

En *Dos veces junio*, la confluencia de múltiples discursividades (noticias, testimonios en primera persona, comentarios de fútbol, informes del ámbito administrativo militar y médico, comentarios de la vida cotidiana, etc.) subraya esta necesidad del lector al ofrecer un panorama complejo en el que va distinguiéndose la lógica de los represores que deshumaniza a los prisioneros y los convierte, cuando no en mero número o código⁷, en cuerpo a ser torturado, vejado, exterminado:

7 De hecho, todos los fragmentos, capítulos y partes de *Dos veces junio* remiten a numeraciones, como una extensión de la lógica burocrática militar que apela a la despersonalización numérica para hacer cotidiano el horror.

Esta ciencia [la de la tortura] consistía en llevar a cada persona hasta el límite de su capacidad de resistencia, fuera cual fuese esa capacidad de resistencia. El trabajo podría resultar incluso más sencillo cuando se trataba de niños, porque los tiempos eran más cortos y los resultados se obtenían más rápidamente (KOHAN, 2005, p. 30).

El doctor Padilla sugirió que los golpes que se aplicaran a la detenida preferentemente no estuvieran dirigidos a la zona abdominal. La cercanía temporal del alumbramiento aumentaba en gran medida las probabilidades de que se produjeran hemorragias difíciles de controlar. En caso de que fuera necesario interrogar a la brevedad a la detenida, el doctor Padilla se inclinaba por el empleo de métodos de presión psicológica (KOHAN, 2005, p. 32).

La pregunta inicial de la novela (la edad a la que se puede empezar a torturar a un ser humano) se resignifica a partir de esta lógica deshumanizadora que asume, según lo expresa el Dr. Mesiano, a los prisioneros como muertos desde el momento en que son apresados (KOHAN, 2005, p. 115) y que desplaza argumentativamente la cuestión a la pura materialidad de esos cuerpos muertos, la resistencia de ese material devenido instrumento de guerra. La búsqueda del único actor capaz de dar respuesta a la pregunta inicial motiva el derroteo del conscripto por una Buenos Aires nocturna y paralizada por un partido de fútbol (y por la dictadura). La respuesta tras esta búsqueda grafica el grado de atrocidad implicado en esta naturalización de lo monstruoso en que se basa la argumentación de la persecución: tras la discusión de médicos, ironía finísima a la que sólo el lector podría reaccionar, el Dr. Mesiano acusa de ignorante al Dr. Padilla por partir de una falsa suposición:

El suyo es, fundamentalmente, un error conceptual. Al pensar en la edad ha pensado en el grado de crecimiento de una persona. Y no es la edad de la persona lo que cuenta, sino su masa corporal, el peso de su cuerpo, para saber si se trata de un cuerpo resistente o no (KOHAN, 2005, p. 124).

Ni desaparecidos, ni apropiación de menores, ni tortura, ni terrorismo de Estado. El relato persecutorio reduce todo a una cuestión de prisioneros, procedimientos, defensa de la Patria y masa corporal. Por este desplazamiento argumentativo, lo monstruoso se trastoca en premisa y pasa a ser tratado como cotidianidad. Microfísica del terror que cuenta, no lo olvidemos, con un conscripto que oye sin inmutarse esta lógica de la atrocidad.

En *Ciencias morales* la trasposición de lo monstruoso al ámbito de lo cotidiano se reitera a través del accionar de la preceptora que, cada vez más comprometida con su ficción paranoica en defensa de la moralidad y el acatamiento de las normas, se convierte ella misma en la transgresora de la reglamentación. Lo monstruoso en lo cotidiano ocurre también por la violación que ejerce Biasutto sobre María Teresa en el baño de hombres. Ambas instancias están concatenadas y representan, en cierto modo, la concretización espacial y temporal de la relación de poder entre el jefe y la preceptora.

El “punto justo” de la vigilancia radica, como alecciona Biasutto, en esa “mirada a la que nada le pasase inadvertido, pero que pudiese pasar, ella misma, inadvertida” (KOHAN, 2007, p. 16). Punto de vista sin punto, pura visión panóptica que asume una posición cenital de control, genéticamente vinculada a una instancia anterior de guerra brutal. Nuevamente, María Teresa escucha las lecciones de Biasutto, esta vez acerca de la lógica histórica que fundamenta la estricta vigilancia en el Colegio Nacional:

Lea la historia, María Teresa: es de lo más edificante. Cada vez que se gana una guerra, lo que sigue es la persecución de los últimos focos de resistencia del que perdió. Francotiradores, piquetes perdidos, los desesperados. Más se parece a una limpieza que a una batalla; ¡pero cuidado! Todavía forma parte de la guerra (KOHAN, 2007, p. 151).

La lógica de la persecución, paranoica, sobreexcitada, que lee en cualquier atisbo de desobediencia el retorno de lo caótico e indiferen-

*Microfísica del
terror.*

*Obediencia y
poder en dos
novelas de
Martín Kohan*

57

ciado, trastoca aquella pregunta acerca de la tortura en una suposición: la existencia de presuntas “ramificaciones” del mal que afecta al “cuerpo” de la nación y para lo cual hay que estar advertido refinando la vigilancia, convertida en capacidad microscópica y profesionalizada de la percepción:

(...) la subversión es un cuerpo, pero también es un espíritu. Porque el espíritu sobrevive y alguna vez bien puede reencarnar en un nuevo cuerpo. Fumar en los baños del colegio ¿qué es? (...) En otra época y aun en otro colegio, responde él mismo [Biasutto], es una travesura: la típica travesura de la adolescencia descarriada. En este tiempo, y en este colegio, es otra cosa: es el espíritu de la subversión que nos amenaza” (KOHAN, 2007, p. 49).

De la premisa acerca de la masa corporal, la lógica de la atrocidad vira su mirada en esta época final de la dictadura hacia los rasgos inmateriales de la subversión. La amenaza ya no está en la carne de los acusados sino desmaterializada, transmigrando entre cuerpos en lugares ínfimos, minúsculos, desatendidos de la cotidianidad. Ricardo Piglia (2007) ha señalado refiriéndose al mecanismo político del complot que la actitud de leer entre líneas, como si siempre hubiera algo cifrado, iguala la figura del censor a la del conspirador. La moralidad de Biasutto sobrecodifica la realidad de tal modo que engendra las condiciones mismas de legitimidad para desplegar la lógica persecutoria, una racionalidad tautológica del censor que inventa al conspirador y cuyo circuito se completa con la obediencia de María Teresa que “empieza a admirarlo, antes incluso de que lo sepa ella misma” (KOHAN, 2007, p. 49).

La preceptora asume su rol de vigilante en el baño de varones y, gradualmente, va dejándose ganar (¿el espíritu de la subversión?) por sus sensaciones corporales, deseos íntimos insospechados que tuercen el sentido original de su incursión en el baño tras el rastro invisible de un olor a cigarrillo. Biasutto la descubre y, lo que en un principio Ma-

ría Teresa malinterpreta como un gesto de aprobación, se convierte en carta blanca para que el jefe de preceptores libere su propia perversión: Biasutto viola a María Teresa en el mismo cubículo del baño de varones, escena abyecta que cristaliza sin ningún tipo de conmiseración por parte del narrador el carácter a la vez despreciable y disminuido del jefe de preceptores.⁸ María Teresa, anulada, sumisa, calla y deja hacer:

Siente resoplar al señor Biasutto a sus espaldas. Él le empuja una mano adentro. Luego se ayuda con la otra mano, ya no le importa que la pollera caiga, porque en todo caso no cae del todo. Una mano ayuda a la otra. Una abre, la otra empuja. María Teresa piensa con terror en la cosa del señor Biasutto. No puede gritar, no puede irse. Piensa con terror en la cosa terrible del señor Biasutto. Se atreve a mirar de soslayo, bajando la vista, inclinando la cabeza. La cosa del señor Biasutto no está en esto todavía. Por lo que ve, permanece alejada y ausente. Es la mano la que empuja desde atrás, dentro de ella. Una mano fría y mojada. La otra mano, también fría, también mojada, va en su ayuda. (...) No puede gritar, tampoco quejarse. El instinto de cautela para pasar desapercibida en este baño permanece por alguna razón en sus reacciones. Aprieta los labios, y detrás de los labios los dientes, con la respiración polvorienta del señor Biasutto demasiado cerca de sus orejas y de su nuca (KOHAN, 2007, p. 197).

Uno de los elementos que sostienen la disciplina es un sustrato de temor, el miedo a la brutalidad del castigo que acarrearía la desobediencia. El miedo a Biasutto que siente María Teresa y que va construyendo en la novela una latencia de lo monstruoso en torno al jefe de preceptores, se concretiza aquí en la agresión sexual aunque provocada contradictoriamente pues no condice con lo que la preceptora interpretó como autorización. Ironía fina que activa al lector, María Teresa cae bajo la perversión del sistema represivo que ella misma sostiene, vejada, humillada por la falsa moral de quien se dice su recto defensor.

⁸ Durante la violación, la referencia a “la cosa alejada y ausente” de Biasutto sugiere impotencia sexual.

Similar mecanismo del miedo al castigo se activa al inicio de *Dos veces junio*, cuando el conscripto se arrepiente de haber corregido la falta ortográfica de aquella pregunta en el cuaderno de guardia. La pregunta en sí pierde sentido, se aliviana, en comparación con las consecuencias que podría acarrear haber corregido a un superior y sugerir veladamente su falta de educación. El miedo garantiza la obediencia y anula cualquier otra evaluación, según recuerda el conscripto en una frase de su padre para que “entendiera todo”: “Recuerdo que mi padre dijo: ‘Los milicos son gente de reglas claras’. La primera de esas reglas establecía: ‘El superior siempre tiene razón, y más aún cuando no la tiene’” (KOHAN, 2005, p. 16).

La lógica persecutoria de Mesiano resuelve el dilema acerca de la tortura en junio de 1978, cuando los cuerpos importan en tanto superficie material para la inscripción del dolor, instrumentos de guerra, muertos desde el mismo instante de su captura. Cuatro años después, en junio de 1982, el protagonista de *Dos veces junio* se anoticia en un periódico que Sergio, el hijo del doctor Mesiano, es una de las víctimas de la guerra de Malvinas: “Reviso la lista de manera casi automática, no por verificar nada en particular, no como si fuese un preceptor que controla presentes y ausentes en el aula de un colegio, sino con un reflejo automático...” (KOHAN, 2005, p. 161). La dictadura, Malvinas, la imagen de un preceptor: los elementos básicos de *Ciencias morales* aparecen ya sugeridos en la novela de 2002. Por otra parte, María Teresa tiene su hermano conscripto, Francisco, que sobrevive al conflicto bélico. Retorno a la novela de 2002. En *Ciencias morales* el ámbito ya no es el del frente de guerra, el centro de tortura, sino uno de violencia sutilizada, panóptica, un colegio infiltrado por el dispositivo represivo que busca exorcizar el espíritu acechante de la subversión. En conjunto, ambas obras captan una atmósfera y una sensibilidad durante un período oscuro aunque relatado desde la mirada inadvertidamente partícipe de personajes atravesados por ese clima de represión. Más

que novelas son novelas en la dictadura, obras como espacios de resonancia donde se concretiza con crudeza la lógica del victimario, del torturador, del represor.

No ha habido campos de concentración en todas las sociedades. Pilar Calveiro (2005) ha analizado la relación intrínseca entre sociedad y campos de concentración, asumiendo la provocativa hipótesis de que estos últimos son posibles cuando el intento totalizador del Estado se disemina y encuentra su expresión molecular en la sociedad, permeándola y nutriéndose de ella. Explorar esa modalidad específica de represión es leer por lo tanto un modo de ramificación del poder en una sociedad que, según Calveiro, elige “no ver” por impotencia, una sociedad “desaparecida” y anonadada como los secuestrados mismos. Para esta autora, sería injusto por lo tanto confundir esa parálisis con complicidad: se trata más bien de un “efecto anonadante”, el mismo para la sociedad y el desaparecido dentro de los campos, cuidadosamente diseminado y administrado por el “dispositivo concentracionario”. En la misma línea de nuestra apreciación acústica sobre las novelas de Kohan, la sociedad en su conjunto funciona según Calveiro como “caja de resonancia” del poder “concentracionario y desaparecedor”, pues a la vez que hace posible los ecos de ese poder, resulta su destinataria más privilegiada.

En este mapa reticular, microfísico del horror que hemos trazado, parece claro que la intención estética del autor de ambas novelas es analizar el modo en que el poder atraviesa los cuerpos, los discursos y las instituciones para ofrecer una imagen complejizada del dispositivo represivo que incorpora, como engranaje, la presencia del actor civil. Cabría suponer entonces que esa participación crédula, indiferente incluso, es un efecto de anonadamiento buscado por el dispositivo de poder, una insensibilización por impotencia, la anestesia de la capacidad de reacción social frente al horror. Ese mapa microfísico tampoco es homogéneo, pues pueden reconocerse núcleos duros por una parte y fisuras, puntos y líneas de fuga por otro. Cabría preguntarnos entonces,

*Microfísica del
terror.*

*Obediencia y
poder en dos
novelas de
Martín Kohan*

61

finalizando nuestro recorrido de lectura, qué lugar ético construyen las novelas en torno a los protagonistas, qué márgenes posibles de resistencia – para considerar el otro elemento imprescindible del esquema reticular foucaultiano – contrapesan esa lógica de lo atroz.

El reverso del dispositivo o la barbarie hecha moral

En la siguiente cita extraída de una entrevista, Martín Kohan manifiesta un punto de sumo interés a la hora de analizar el margen de acción de los protagonistas frente al dispositivo de la represión:

Ernesto Pablo

Molina Ahumada

62

La idea de la microfísica del poder siempre me gustó muchísimo porque capta lo concreto, el detalle, y nos pone a cada uno de nosotros en el mapa. En la coyuntura de la novela no dejaba de ser un alivio decir, por ejemplo, que el poder era Galtieri. Sí, efectivamente, el poder era Galtieri porque podía decidir una guerra; pero el poder también estaba en el baño de un colegio. Y no se puede pensar en la escuela sin pensar en los baños. Me parece importante reconocernos atravesados por las relaciones de poder. Y me interesó la figura de la preceptora porque es alguien que -en algún sentido- ejerce el poder y -en otro sentido- es objeto del poder al mismo tiempo. También me interesó el modo en que funciona el moralismo y lo más perverso: ella termina haciendo cosas perversas 'en cumplimiento del deber', es decir, desde una cierta moral (ABRAMOWSKI Y DUSSEL, 2008).

Ubicar a los personajes (y ubicarse uno mismo como lector) “en el mapa” implica, por lo tanto, sumergirlos en esa red que concretiza sus acciones y, a la vez, permite captar el efecto, más o menos eficiente, de dispositivos represivos en funcionamiento. La relación dual que hemos señalado entre protagonista y figura de autoridad (el Dr. Mesiano o Biasutto), más que legitimar la idea de una “obediencia debida”, grafica la mecánica misma de la represión como máquina de desresponsabilización desplegada en un territorio de relieve heterogéneo, en el que ciertamente pueden reconocerse núcleos duros o de irradiación, pero también pliegues oscuros, más receptivos, quietos o aparentemente

indiferentes. La gama de todas esas tonalidades acaso representa con más precisión la densa atmósfera de la dictadura en Argentina durante aquellos años.

Los núcleos duros se clarifican para el lector en la evaluación de las figuras de autoridad: seres infelices, despreciables, hipócritas, monstruosos sin vacilación. El problema interpretativo surge frente a la mirada de los protagonistas que, aún guiados por una moral ingenua, acaban viéndose comprometidos en el mecanismo perverso de la represión. Podría leerse en esa moral una condición doble, ambivalencia constitutiva que Walter Benjamin intuyó al afirmar que “no existe un documento de la cultura que no lo sea a la vez de la barbarie” (2002, p. 52). En el anverso de esa moral se halla la amenaza extrema de su perversión por exceso en el celo de su cumplimiento, o su contradicción al descubrir que detrás de ese otro-subversivo deshumanizado, numerado, convertido en mero interrogante de un cuaderno en un centro de tortura, hay un ser humano. Según Calveiro, la mecánica burocrática del dispositivo concentracionario domicilia su máxima eficacia en, por una parte, esta despersonalización del desaparecido y, por otra, en la dosificación de las responsabilidades, en la subdivisión microscópica de tareas que evita la sensación por parte de los encargados de estar actuando bajo su propia responsabilidad. Se trata de una cadena de persecución cuyo impulso es sentido como proveniente de otro lugar y que se continúa más allá y a pesar de las acciones de los implicados. La moral es la lógica de los vencedores, de los perseguidores que convierten en valedero y hasta necesario su accionar exterminador. El rostro de esa máquina es una entidad abstracta en nombre de la cual accionan los personajes y que aparece en ambas novelas condensada en torno a la “Patria”: el conscripto, apremiado por la indagación de un superior, da una respuesta tentativa a la pregunta acerca de la edad en que puede iniciarse la tortura de un prisionero:

*Microfísica del
terror.*

*Obediencia y
poder en dos
novelas de
Martín Kohan*

63

Dejé pasar un instante y le propuse: 'A partir del momento en que la Patria lo requiera'. Fue una respuesta acaso demasiado genérica; pero, a mi modo de ver, dejó conforme al sargento Torres (KOHAN, 2005, p. 26).

En *Ciencias morales*, Colegio Nacional, Patria e historia del país se espejan en la arenga que el Prefecto del colegio destina a los alumnos en el clima militarista que impera en aquellos meses de 1982, durante el conflicto bélico de Malvinas:

Ernesto Pablo

Molina Ahumada

64

El señor Prefecto dice haber demostrado de esta manera, aunque con palabras sucintas, que la historia de la Patria y la historia del colegio son una y la misma cosa. Desprende de esa comprobación la conclusión incontestable de que cada alumno del colegio, por el solo hecho de serlo, asume un compromiso patriótico sin parangón, superior, incluso, al que puede alcanzar cualquier otro argentino (habla, dice, de los argentinos bien nacidos). Cuando la Patria lo requiere, no hay respuesta más pronta ni más segura que la que puede brindar un alumno del colegio (KOHAN, 2007, p. 39).

El límite de la moral (y la resistencia) que respetan los protagonistas es esta Patria devenida motivo absoluto, como un documento de cultura detrás del cual todos los crímenes, supuestos, invisibilizados para esta población civil anonadada desde la óptica de Calveiro, se justifican en nombre de la expulsión, la extirpación, la amputación (no en vano se conocía la sala de tortura como “quirófano”) del “cáncer” que amenaza el cuerpo social.

María Teresa no llega a comprobar su sospecha del alumno que fuma, descubre sí la cruda brutalidad de Biasutto. Después de ese suceso, la derrota de Malvinas provoca un repentino cambio de autoridades en el colegio y, meses después, María Teresa se muda junto a su madre y su hermano a la ciudad de Córdoba. No se menciona denuncia, ni acusación contra las autoridades anteriores que “sencillamente no están más. No están más, no vienen más, no se los verá nunca más por el colegio” (KOHAN, 2007, p. 218).

En *Dos veces junio*, el conscripto sí llega a tener contacto con la prisionera que acaba de dar a luz, quien le ruega dé aviso de la situación en la que están, ella, su bebé, sus compañeros. “Vos no sos uno de ellos”, le repite la prisionera y relata la atrocidad a la que están sometidos. El conscripto, quieto, escucha:

La voz ronca me fue diciendo cada cosa que le habían hecho. En un momento no quise escuchar más y le dije: ‘Callate, vos. Callate la boca’. Pero no me moví. No me moví porque si me movía capaz que sentía el tirón en el pulóver, de ella que me agarraba. Y no quería. Tampoco quería escucharla más, pero ella seguía hablando. Yo no me moví y ella siguió hablando (KOHAN, 2005, p. 137).

En las respuestas del conscripto es posible escuchar los argumentos de Mesiano, que se han ido disseminando fragmentariamente en la novela y que tornan visible en este momento crucial la mecánica compleja de funcionamiento del poder. El relato de los perseguidores se convierte en sentido común porque es sentido como válido por los actores en torno de esos núcleos duros de irradiación. El documento de barbarie deviene documento de cultura para estos personajes anestesiados en su reacción moral. A los pedidos de la prisionera, el conscripto responde con negativas que clausuran toda solidaridad, al tiempo que confirman la eficiencia del mecanismo deshumanizador de la represión capilarizada en la sociedad:

‘Vos no sos uno de ellos’. Yo le dije: ¿Y vos qué carajo sabés quién soy, hija de puta
(...)
‘Estas muerta, hija de puta’, le decía yo, y ella me decía que avisara por el hijo. ‘Callate de una vez’, le dije yo, “no hables más, hija de puta, no ves que ya estás muerta
(...)
Yo le pedí que se callara, le ordené que se callara, pero no lo hizo. Me pidió que la ayudara. Yo le dije: ‘No ayudo a los extremistas’
(KOHAN, 2005, p. 138-40).

*Microfísica del
terror.*

*Obediencia y
poder en dos
novelas de
Martín Kohan*

65

En el límite de esa moral “patriótica” anida la crueldad ante el otro deshumanizado, devenido ajeno cultural que debe ser exterminado. Esa lógica binaria estructura el relato de persecución y hace pensable, como su doble, la existencia de campos de concentración en Argentina.

También hace pensable la posibilidad de suprimir la identidad a los que se han convertido sin remedio en botín de guerra. En junio de 1982, al visitar al Dr. Mesiano, el que fuera conscripto comparte una comida con el doctor y sus familiares, quienes se han quedado con el niño apropiado que iba a ser llamado por su mamá legítima “Guillermo”. El niño tiene cuatro años:

‘Antonio’, le dicen, ‘Antonio’. El chico no quiere venir. Sigue jugando con su pelota azul y blanca: la levanta y la tira y la vuelve a levantar, como si no lo estuvieran llamando a él (KOHAN, 2005, p. 185).

Las historias filiales que se cruzan en la novela (el conscripto y el orgullo de su familia; Sergio, el hijo de Mesiano, heroificado para el padre por su muerte en guerra (2005, p. 173); y el hijo arrebatado a la prisionera, Guillermo/Antonio) dan cuenta también de este territorio complejo que pone en comunicación el marco de la familia con el del cuartel-centro de tortura y el Estado, el teatro ampliado de una sociedad atravesada por relaciones paternalistas y autoritarias. Las claves para desentrañar los pliegues del horror en ese mapa extenso donde moran individuos con una identidad falseada (como Guillermo) se encuentran diseminadas a lo largo de una topografía compleja que va de Mesiano, a sus cuñados y los demás responsables de la tortura. Y también su chofer, que colabora esa noche en el destino del niño.

El poder represivo lo atraviesa todo en las novelas, salvo la mirada del lector que es convocado a este relieve rugoso para distinguir el límite de las “ciencias morales” que están en juego. Puesto en mapa, corresponde a ese lector la tarea de constituirse en “emprendedor de la memoria” (JELIN, 2002) para operar sobre los fragmentos dispersos y desarrollar un intenso trabajo social de reconstrucción del pasado, desde la urgencia del presente y en función de cierta expectativa de futuro. Dice Elizabeth Jelin (2002, p.

28): “el olvido no es ausencia o vacío. Es la presencia de esa ausencia, la representación de algo que estaba y ya no está, borrada, silenciada o negada”. La resistencia en el mapa microfísico del terror corresponde a este lector incardinado en ese mapa, interpelado al punto de la irritación por estos personajes “apagadísimos” que llevan al extremo aquella imagen de la población anonadada por el horror. Las novelas de Kohan exploran ese límite, ese extremo en el que la moral deviene barbarie en un mapa complejo de personajes decididamente negativizados que pululan junto a otros aparentemente “correctísimos”, que actúan a pesar de “no hacer nada”. El olvido es la presencia de una ausencia, o el borramiento, acaso inadvertido, acaso cómplice, de las huellas que conducen a lo que estuvo allí y ya no está.

Microfísica del terror.

Obediencia y poder en dos novelas de Martín Kohan

67

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABADÍA et al. Entrevista a Martín Kohan: La literatura hoy en día está acuartelada. **Revista La Periódica**, 26 jun. 2009. Disponível em: <<http://laperiodicarevisiondominical.wordpress.com/2009/02/26/entrevista-a-martin-kohan-la-literatura-hoy-en-dia-esta-acuartelada/>>. Acesso em: 23 jun. 2010.

ABRAMOWSKI, Ana; DUSSEL, Inés. Conversaciones. Martín Kohan: La escuela tiene que separar la buena de la mala literatura, sin remordimientos. **Revista El Monitor**, n. 16, Buenos Aires: MEC, 2008. Disponível em: <<http://www.me.gov.ar/monitor/nro16/conversaciones.htm>>. Acesso em: 26 jun. 2010.

ARÁN, Pampa. Biografías no autorizadas: la identidad del héroe. In: ROMANO SUED, Susana; ARÁN, Pampa (Eds.). **Los '90. Otras indagaciones**. Córdoba: Epoké, 2005.

ARÁN, Pampa. Voces y fantasmas en la narrativa argentina en ARÁN et al. **Umbrales y catástrofes: literatura argentina de los '90**. Córdoba: Epoké, 2003.

ARÁN, Pampa. Cuando el misterio golpea las puertas de la memoria en Flawiá de Fernández, Nilda (comp.) **Argentina en su literatura**. Buenos Aires: Corregidor, 2009.

BENJAMIN, Walter. Sobre el concepto de historia. **La dialéctica en suspenso**. Fragmentos sobre historia. Santiago de Chile: Arcis-Lom, 2002.

DI CIÓ, Mariana; SCHMUKLER, Enrique. Entrevista a Martín Kohan. **Letral. Revista Electrónica de Estudios Trasatlánticos de Literatura**, n. 1, Granada: Universidad de Granada, 2008, p. 170-7.

CALVEIRO, Pilar. **Poder y desaparición**: los campos de concentración en Argentina. Buenos Aires: Colihue, 2005.

COVELO, Débora. **Entrevista a Martín Kohan** en Cuentomilibro.com. Videoblog de autores latinoamericanos. 2008. Disponible em: <<http://www.cuentomilibro.com/entrevista.asp?id=15>>. Acceso em: 26 jun. 2010.

FOUCAULT, Michel. **Microfísica del poder**. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1992.

GIRARD, René. **El chivo expiatorio**. Barcelona: Anagrama, 2002.

JELIN, Elizabeth. **Los trabajos de la memoria**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

KOHAN, Martín. **Dos veces junio**. Buenos Aires: Debolsillo, 2005.

_____. **Ciencias morales**. Buenos Aires: Anagrama, 2007.

PIGLIA, Ricardo. **Teoría del complot**. Buenos Aires: Mate, 2007.

TODOROV, Tzvetan. **Los abusos de la memoria**. Barcelona: Paidós, 2008.